

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS.)

MEDITANDO

Qué tristes me parecen los días de Carnaval!

En un momento dado, la mancha pintoresca de los trajes, el bullicio de las máscaras y el movimiento de la multitud, distraen mi atención y me empujan, contra mi voluntad, á confundirme entre los frívolos y licenciosos; pero en cuanto vuelvo la vista atrás ó concentro mis pensamientos, ¡la tristeza, hondísima tristeza embarga mi ánimo, y hasta me molesta ser uno de tantos que en el mundo transitan!

¡Dios mío, que así ande la barba-rie vestida de civilización!

El hombre oso, el hombre muñeco, el hombre polichinela, el hombre consciente y deliberadamente hazme reír, no lo comprendo, como no comprendo á la sociedad que ríe ante ese hombre y no sabe vivir sin ese hombre.

¡Qué degradación la nuestra!

Caben la expansión y la alegría en el natural humorismo del ingenio, pero en el disfraz nunca!

Y en tanto para los disfraces y las diversiones, y los ágapes, se derrocha el dinero, las instituciones de beneficencia viven raquíticas, los establecimientos de verdadera enseñanza están casi desiertos, y los pobres de bolsillo llenan nuestras calles y paseos.

¡Oh, medita, humanos, medita siquiera unos momentos en estos días de santa Cuaresma, y á buen seguro que Dios os hará ver cuán desagradecidos sois á sus bondades y cuán negro es el fondo á que habéis descendido!

De todo os habéis acordado, pero no de Dios.

Y todos hemos sido culpables ó cómplices de ese gran delito, de ese delito universal, con el que hemos desnaturalizado nuestra condición y se se ha ofendido á Dios.

¡Dios mío, Dios de las misericordias, perdónanos!

Se ha gastado un dineral en asaltos... honestos y de buen tono; se han estimulado todas las concupiscencias

de la carne; se han visto con fruición las depravaciones del prójimo; se han gozado y reído las gracias.... carnavalescas, y ¡nos llamamos cristianos! ¡y nos jactamos de sesudos y conscientes! ¡y pregonamos la caridad y la fraternidad sociales!

Somos débiles, somos miserables; ¡nada valemos!

¡Nada, nada! Porque de valer algo no querríamos contemporizar con las payasadas humanas. De valer algo no intervendríamos en lo que embrutece los sentidos y entontece el alma. De valer algo nos acordaríamos de Dios, y de que fuimos criados á su imagen y semejanza.

Los magnates han abierto sus salones aristocráticos á la careta... Los menestrales han abierto sus bolsillos para adquirir *confetti* y serpentinas... ¡Los pobres han abierto un palmo de boca ante la molicie y la locura que pasaban!

¡Nadie ha cerrado su corazón á la mentira y á la bestialidad!

No basta contemplar ahora el cráneo descarnado y el plato lleno de ceniza para comprender la inutilidad de nuestros devaneos.

Hay que ir á Dios.

Abramos las puertas del templo.

¡Y todos al confesonario!

Mea cu pa, mea culpa, mea maxima culpa!

CLAUDIO OMAR Y BARRERA.

La conversión del general Mitre

La Iglesia Católica, como tierna madre, olvida los agravios de sus enemigos y perseguidores cuando con humildad vuelven á ella, y no se acuerda sino de sus entrañas de madre para alegrarse con la resurrección espiritual de sus hijos. Por esto registramos como una nota simpática y placentera la conversión de este personaje que tanto relieve ha adquirido en la historia contemporánea de América. Bartolomé Mitre figuró gran parte de su vida en los partidos más avanzados contra el Catolicismo, como miembro activo de la Masonería. Su personalidad era bastante conocida en España. Estuvo en nuestra nación el año 1891 y visitó San Sebastián, Bnrgos y Madrid. Cultivó la amistad de Castelar y Núñez de Arce, y fué individuo correspondiente de la Academia de la Historia y de la Española de la Lengua. Mitre llegó en su patria, la Argentina, á lo más que podía llegar, á la

Presidencia de aquella República; y cuando sus ambiciones se vieron satisfechas, fueron modificándose poco á poco sus ideas, como lo demuestra la siguiente anécdota:

Un grupo de señoras amigas de la hija del general examinaban algunos de los regalos que se le hicieron cuando su jubileo. Una de las señoras presentes, viendo un crucifijo de marfil, sonrióse y exclamó:

—¡Vaya una ocurrencia! ¡Regalar un crucifijo al general!

Este, que se hallaba cerca, volviéndose hacia el grupo, preguntó:

—¿Y por qué, señora, juzga usted una ocurrencia extraña ese regalo?

La señora, un tanto desconcertada, acertó, sin embargo, á contestar:

—Porque usted, general, no puede estar para estas cosas, siendo, como lo es, mason.

—Eso fué en otro tiempo, señora—contestó el general, y añadió con mucha pausa: —pero ahora estoy de todo esto retirado.

El general Mitre fué curado de cierta herida de bala en la casa de ejercicios de la calle Independencia (Buenos Aires).

Las hermanas de esta casa estuvieron con él siempre en buenas relaciones, debiéndole atenciones repetidas.

—Nosotras—le decían—no podemos pagarle la ayuda que nos presta sino con oraciones. Todos los días lo hacemos, señor.

Y las oraciones de las hermanas han sido siempre pidiendo la gracia de una muerte cristiana del general.

La oración de las hermanas debe haber sido oída.

La noche que se sintió gravemente enfermo, la familia, que es muy católica, llamó por teléfono al ilustrísimo señor Obispo, Dr. D. Gregorio Romero, Auxiliar de la Archidiócesis.

A pesar de lo intempestivo de la hora (dos de la madrugada), el ilustrísimo señor Obispo Auxiliar fué á casa del ilustre general, y éste se confesó con él. Según es voz corriente, estuvieron los dos solos cerca de tres horas.

A las nueve de la mañana recibió la Santa Comunión por Viático y dijo á miembros de su familia que se sentía muy feliz.

Poco después entregó su alma á Dios, á los ochenta y cuatro años de edad, bendiciendo la santa Religión que tan sañudamente había antes combatido.

BAILE DE PIÑATA

Linda sala, grande orgía,
Mesa de manjares llena,
Mucho vino, poca pena,
Estrepitosa alegría,
Está para abrirse el día,
El placer parece eterno,
Y un sabio reloj moderno
Mientras rien, mientras saltan,
Cuenta las horas que faltan
Para llegar al infierno.

J. ARGAMASILLA.

COSAS QUE PASAN

Había llegado el momento triste, la hora de la verdad.

La ciencia, confesándose vencida, dejaba el puesto á la religión.

—Señores—había dicho el médico al despedirse de la familia.—el enfermo sólo tiene horas de vida. Mi presencia es ya inútil; la de un sacerdote es necesaria.

—Pero doctor—preguntó la doliente esposa:—¿No hay remedio? ¿No hay esperanza?

—Ninguna, por desgracia. El enfermo no verá el sol de mañana.

Y ante estas palabras terminantes, la familia, reunida en el despacho de la casa, deliberaba.

Tratábase de hacer conocer al que iba á morir la gravedad de su estado. Había que decirle que se confesara, y el asunto era tan espinoso y tan duro, que nadie se atrevía. Este es un caso que se presenta más de lo que se cree.

—Yo—dijo la esposa—no me determino. Pobre Luis! En su situación sería matarlo.

—Ni yo tampoco—añadió el padre con voz ahogada.—¿Si al menos él lo pidiera, vamos! Pero decir á un hombre, que no sospecha nada, que el Viático va á venir, es asesinarlo! ¡Yo no lo hago!

—Sin embargo—exclamó la madre desolada—vendrá el P. Vicente. Puede que viéndole... indirectamente se pudiera...

—¡Bueno!—interrumpió la esposa—que venga, pero ni una palabra imprudente. Sólo así consentiré que le vea.

—Es verdad—dijeron á una voz los demás.—Está enfermo del corazón y con ese espectáculo de seguro se le adelanta la muerte. No queremos cargos de conciencia.

Cuando llegó el P. Vicente, una ojeada le bastó para comprender que el enfermo se moría por momentos.

Aleccionado sobre su papel en aquella escena de cariñoso engaño, sabiendo que á la menor indiscreción le arrojarían de allí inmediatamente, limitóse á esperar que alguna circunstancia favorable le permitiera ejercer su santo Ministerio.

Todo inútil. Estaban ciegos. Aquello parecía la representación de un teatro. Todo menos el lecho de agonía de un moribundo.

La esposa, buena y amante, cuanto irreflexiva y poco piadosa, entendía sus deberes quitando aprensiones al enfermo que iba á cruzar los umbrales de la muerte.

Cuando éste preguntó:—¿Qué ha dicho el médico?

—Lo de siempre—contestó sonriendo, bajo la capa de polvos de arroz con que momentos antes borrara el rastro de sus lágrimas,—¡que eres un aprensivo!

—Sí—dijo el enfermo,—parece que hoy me siento mejor.

—Lo ves—apoyó el padre, que secretamente pensaba en un error del médico—si es lo que yo digo... con paciencia y teniendo ánimos...

—Con todo—intentó decir el sacerdote—sería bueno aprovechar esos instantes de calma...

—¡Padre!—interrumpió con violencia la hermana del agonizante, adivinando la intención del ministro del Señor—me parece que fuera le llaman á usted.

Ante tan delicada invitación, calló el religioso, que al salir de la estancia llevó á los ojos el dorso de su mano para enjugar las lágrimas, mientras una ardiente plegaria salía de sus labios temblorosos para subir al trono del Altísimo.

Poco después, todos salieron de la alcoba, dejando al enfermo en uno de esos pe-

riodos de tranquilidad que preceden á la muerte.

—Ya lo ve usted, P. Vicente—dijo el padre, queriendo excusarse.—No sospecha nada y es imposible decirle...

—¡Bien!—contestó el religioso.—Ustedes obrarán como les dicte su conciencia. Yo, si me lo permiten, permaneceré aquí, por si hubiera una circunstancia favorable. Me entretendré distraendo á los niños para que no molesten ni metan ruido.

—Eso es, P. Vicente, y muchísimas gracias,—continuó la esposa.

El sacerdote, sin replicar, elevó los ojos al Cielo como pidiendo una idea y se sentó en medio de un corro de niños de la familia, empezando á contarles una historia.

Las personas mayores, transidas de dolor, fijo el pensamiento en lo que iba á suceder, escuchaban distraidamente.

—Pues señor—empezó diciendo el P. Vicente—érase un hombre muy rico que casó á su hija única con un joven bueno, generoso y honrado.

Todo era dicha y felicidad en aquel hogar tranquilo, hasta que un día llegó la noticia infausta de que el Rey disponía, para una misión delicada y secreta en remotos países, del hijo y esposo adorado, que sin excusa habría de partir en plazo determinado para cumplir su cometido.

Mucho lamentaron, tanto el padre como la hija, la desgracia por sí mismos, ya que les hería en las fibras más delicadas del alma; pero más, si cabe, lo sintieron todavía por el pobre joven que, ignorante de su desdicha, veía transcurrir los días placidos y dichosos no sospechando lo poco que le restaba de felicidad.

Ni uno ni otra, se atrevieron á destrozar su corazón con aquella noticia, «Siempre habrá tiempo de que lo sepa!»—exclamaba.

—¿Para qué hacerle sufrir?» Y transcurrían las horas del plazo maldito, disimulando su pena, calladas, sin hacer preparativo alguno, ni disponer nada para aquel viaje inevitable y fatídico.

—¡Claro!—dijo uno de los niños.—No quisieron alarmarle... ¡Cómo no tenía remedio!

—¡Verás, hijo mío, verás! sigue oyendo—continuó el sacerdote con cariñosa entonación.—Pues iba diciendo que ocurrió lo natural, y fué que cierto día, cuando el plazo concluyó, presentáronse los enviados del Rey y sin más aviso, sin consentirle despedidas ni preparativos de ninguna clase, le obligaron á ponerse en marcha.

Aquello fué horrible. Ni equipaje, ni recomendaciones, ni siquiera dinero. ¡Nada!

Le sorprendieron entretenido en arreglar una huerta de su casa, y tuvo que irse como estaba, por cierto en bien mala situación, deteriorado el traje, roto el calzado, sin abrigo y con tantas manchas que más que caballero adinerado parecía un pordiosero hambriento.

—¡Pobrecillo!—dijo otro de los niños.

Atónito quedó nuestro hombre, viendo en el apuro que le ponía la falsa compasión de su padre y de su esposa. No podía explicarse tal conducta. Sin la increíble ceguera de los seres que tanto le amaban, el viaje, aun sintiendo la pena de la separación, hubiera podido tolerarse, ¡pero así!...

—Verdaderamente exageraron el afecto—dijo la hermana, que sin darse cuenta había seguido la narración.

—Hay muchos así, señora—contestó con dulzura el sacerdote.

—Parece que sigue mejor—dijo entonces el padre, volviéndose de puntillas después de mirar al enfermo, que aletargado no se movía.

—¿Les parece á ustedes que entre otra vez, como á visitarle...? El tiempo pasa... no

hay que olvidar lo que ha dicho el médico, y pudiera...

—Yo, por mí, no me atrevo... su padre que hable...

—Yo tampoco, hija mía... no me perdonaría nunca...

—¡Es que está en peligro de muerte!—dijo la madre conteniendo el llanto.

—Pues bien—concluyó la esposa—esperemos á la noche y obraremos según se vea.

—Siga usted, P. Vicente, siga usted—exclamaron los niños.—¿Y qué le pasó en el viaje á aquel caballero?

—¡Hijos míos! Aquel viaje fué, como no podía menos, un desastre espantoso. Aquel hombre, rico y acostumbrado al lujo, pasó hambre horrible, teniendo que comer el pan de la caridad y á veces hasta las inmundicias y desechos de la calle. El desgraciado no era dueño ni de una moneda, viajaba por países donde no conocía el idioma ni las costumbres, y además, la brillante educación que recibiera, no le servía para nada. En aquellas tierras querían otras cosas, y él ni las tenía ni las sabía.

—Qué imprudencia ponerse así en camino!

—No fué suya la imprudencia, sino de su familia—dijo el P. Vicente, mirando con severidad á su alrededor,—y más lo juzgaréis así cuando os diga, que padeció lo indecible, que el frío heló sus huesos sin que tuviera una mala manta para resguardarse. ¡Ah! ¡Cuánto envidiaba entonces á los caballos de sus cuadras! Al menos tenían paja que les abrigase, mientras él dormía al raso, vivía de limosna, le acosaba el hambre y ni siquiera podía soñar en dar cumplimiento, como súbdito leal, á la misión que su Rey le confiara.

Llegó á dudar del cariño de los suyos que en tal extremo le habían puesto, y al fin vino á caer enfermo y desvalido en poder de unos salvajes que, para martirizarlo, enterráronle con la cabeza fuera para que los buitres lo devorasen. Así murió aquel hombre víctima del insensato cariño de una familia á quien maldijo en su última hora.

—¡Ay, Padre! ¡Qué horror! ¿Para qué cuenta usted á los niños esas cosas tan tristes!—dijo una de las señoras.

—Para que aprendan—replicó el sacerdote,—á no tener nunca esas caridades, mal entendidas, que son la condenación del que las recibe.

La esposa del enfermo que había ido á escuchar á la puerta de la alcoba, volvió en esto pálida y demudada. No podía hablar y todos comprendieron que sucedía algo grave, algún ataque, sin duda. Fueron corriendo, quedando aterrados. El enfermo arañaba las sábanas con furor, le batiaban los ojos en las órbitas y manifiestamente se ahogaba.

Habláronle, trataron de calmarle. Todo inútil. La muerte había llegado rápida, fulminante y apenas dió tiempo al sacerdote para recitar la oración de los agonizantes.

¡Dios mío! ¡Otro que emprende el gran viaje sin preparativo alguno!

¡Qué satisfechas estarán algunas personas con su prudencia, mientras los enfermos mueren sin confesión!

ANGEL MORA DE GALDO

EL MIÉRCOLES DE CENIZA

«Hay un día en el año, aquel que sigue á las orgías y desenfrenos del carnaval, que pone la ceniza en la frente á todos los mortales á fin de recordarles que tienen un alma que no muere ni para la recompensa ni para el castigo. Los más avisados se adelantan á recibirla. Los que esquivan este *memento*, sólo consiguen hacer más dura y erizar de problemas la hora inevitable en que les ha de sorprender.»

¡Oh, la ignorancia clerical!....

Copiamos de la Revista científica *Electrón*.

«Según la prensa de Orizaba (Veracruz) el Reverendo Padre G. de J. C. de la Compañía de Jesús, Ingeniero electricista de la ciudad de Méjico, ha inventado una máquina parlante, que está llamada á hacer una gran revolución en la fonografía.

Se trata de un fonógrafo en el cual quedan sustituidos los discos y fonogramas por un alambre de acero, que recibe los sonidos por medio de un electro imán positivo, y los reproduce luego por medio de otro negativo produciendo una claridad admirable en todo, los sonidos, quedando salvado el chinido peculiar que producen todos los sistemas conocidos de fonógrafos y grafófonos, puesto que la aguja del electro-imán reproductor no pasa tocando el alambre, sino á cierta distancia de él.

Si se tiene en cuenta que por este nuevo procedimiento pueden reproducirse óperas enteras, sin interrupción alguna ó grabarse en un mismo alambre multitud de piezas, se verá desde luego que tiene que resultar una gran economía en el costo de las piezas y una comodidad incalculable para el manejo de la máquina, puesto que podrá estar funcionando hasta media hora, sin cambiar discos ó fonogramas.

El citado sacerdote tiene ya en práctica su invento y, probablemente, no tardará en darlo á conocer al público.»

Contra la usura

SENTENCIA

Ya se ha publicado la sentencia del Tribunal Supremo que pone término al importante litigio que discutieron hace ya muchos días en casación el señor Canalejas y el letrado señor Gándara.

Se revoca en parte la sentencia de la Audiencia de Madrid, viniéndose á decir ahora que si bien pueden pactarse cualesquiera intereses en los préstamos, *los intereses de los intereses pueden y deben ser moderados por los Tribunales de Justicia.*

Hé aquí el único considerando de la sentencia del Supremo:

«Considerando además que procede equitativamente la moderación del 28 por 100, de los *intereses de los intereses*, dejándolos reducidos á un 2 por 100, dado el importe extraordinario á que han ascendido las cantidades satisfechas por D. L. R. F. al cumplir irregularmente su obligación.»

La sentencia del Tribunal Supremo ha sido la que no podía menos de ser, supuesto que legalmente no se asigna tasa alguna al interés, y, por tanto, las leyes civiles no pueden condenar al usurero, por exorbitante que sea el interés de sus préstamos. La ley moral y las leyes de la Iglesia condenan justísimamente la usura, ave de rapaña, que se lleva entre sus garras el fruto del trabajo de tantos infelices, pero mientras la ley civil no se ponga en armonía con aquellas, el usurero seguirá enriqueciéndose con sus robos legales.

El Convento y la Industria

Con el título «Contra la industria religiosa» y el subtítulo «Reunión de los gremios», dice el *Diario Universal*, uno de los rotativos que se publican en la corte: «Hace ya tiempo que por el Círculo de la Unión Mercantil y por la Cámara de Comercio se

viene gestionando de los Poderes públicos que desaparezca la situación privilegiada en que se hallan colocadas determinadas Comunidades religiosas, que, dedicándose á la confección de ciertos artículos de comer, beber y vestir, hacen una competencia ruinosa al comercio y á la pequeña industria.»

En efecto, recordamos que hará unos cuatro años (por Marzo ó Abril de 1902) solicitó del señor Ministro de la Gobernación el inmediato cumplimiento del Real decreto de 19 de Septiembre de 1901, para comprobar si las Comunidades religiosas satisfacían ó no las cuotas contributivas con la publicación de las matrículas, según lo prevenido en el reglamento de la contribución industrial. «Esas gestiones—sigue diciendo el *Diario*—no han dado hasta ahora resultado, y para tratar de este importantísimo asunto... se han reunido los síndicos de los gremios... en el Círculo Mercantil.»

Y reseñando esta reunión, añade: «Los síndicos fueron bastante radicales en sus deseos, pues entienden que ni aun pagando la contribución correspondiente se debe tolerar lo que hoy sucede, porque los trabajos que se ejecutan en los conventos no se realizan en las mismas condiciones que los llevan á cabo los comerciantes y los industriales, que forzosamente tienen que pagar un local, el trabajo de la dependencia, atender á las necesidades de familia, etcétera, etc.»

No pueden definirse con mayor claridad los propósitos de los síndicos de los gremios. No se trata ya de que la llamada *industria religiosa* figure declarada en las matrículas de la contribución industrial y satisfaga el tributo en la cantidad que fije la cuota reglamentaria: se trata ya de hacer cesar en absoluto el *trabajo* en los conventos. ¿Por qué razón? Por la competencia que frailes y monjas trabajadores hacen á los comerciantes y á los industriales. Y si esta es la razón, ¿por qué no se pide también que el Poder público haga cesar ó limite todo lo que pueda la competencia que los industriales extranjeros hacen á los industriales españoles? ¿Por qué ahora que se ha tratado de la cuestión arancelaria, el Círculo Mercantil se ha manifestado librecambista, ó á lo menos anti-proteccionista?

¡La *competencia!* La competencia mercantil é industrial de frailes y monjas es ahora lo que se quiere hacer valer, no obstante la legítima libertad de asociación y el lícito ejercicio de la actividad, laudable y meritoria, tan respetable en los religiosos ó conventuales, como todas las personas seglares.

No hace mucho—y todavía por los años setenta y tantos del pasado siglo—s decía que los frailes y las monjas no *trabajaban*, consumían y no producían, eran *manos muertas* para el trabajo y la riqueza de la nación, que restaban á la vida del comercio y de la industria considerable número de inteligencias y brazos útiles y una gran masa de bienes: no la *competencia*, no la actividad inteligente y trabajadora, sino la *holganza mística* de los conventos era el motivo de protesta contra los religiosos contemplativos é inactivos!

Habremos de recordarlo y repetirlo: Esto de la *holganza mística* tuvo, hasta hace poco, tanto influjo en la opinión que, cuando los *moderados* reanudaron con Roma las relaciones que habían roto los progresistas esparteristas y se negoció—como se dice en términos diplomáticos—el vigente Concordato, se puso el mayor empeño en que las Comunidades religiosas restablecidas se dedicaran á la *vida activa*, acomodo-

dando sus reglas de comunidad á este nuevo carácter.

A nadie, pues, sino á los amigos de la libertad y del progreso se puede atribuir ese carácter de actividad industriosa—de que hoy se quejan tanto—que desde 1851 hasta el día tomaron en España, muchas ó casi todas las Comunidades ó Asociaciones religiosas, acomodándose á las circunstancias y demostrando, que para la perfección evangélica nada hay dificultoso, y el ejercicio de las virtudes cristianas es siempre fecundo y provechoso para todos y para la sociedad.

Bien lo conoció, y de ello dió testimonio Taine, cuya fama de hombre veraz é historiador diligente, escrupuloso y cocienzudo no sufre contradicción.

«Carmelitas, Clarisas—dice refiriéndose á sólo Francia—Hijas del Corazón de Jesús, Reparatrices, Hermanas del Santo Sacramento, Visitandinas (Salesas), Franciscanas benedictinas y otras semejantes, unas cuatro mil religiosas son contemplativas. Cartujos, Cistercienses, Trapenses y algunos otros, unos mil ochocientos religiosos, de los cuales la mayor parte cultiva la tierra, no se imponen el trabajo sino como un ejercicio accesorio (y, sin embargo—nota el señor Sanz y Escartín,—sabido es que han convertido en vergeles verdaderos páramos que hoy contribuyen á aumentar la riqueza social); la plegaria, la meditación, la adoración son su objeto principal y primero... Pero todos los demás, más de 2.800 hombres y 123.000 mujeres, son bienhechores por institución y trabajadores voluntarios, consagrados por su propio arbitrio á innumerables obras de asistencia y de educación, enseñanza primaria, servicios de casas de misericordia, asilos, obradores, refugios y prisiones, todo gratuitamente ó á precios ínfimos por la reducción al minimum de las necesidades físicas y del gasto personal de cada religioso ó religiosa. Evidentemente, en estos hombres y en estas mujeres el equilibrio ordinario de los motivos determinantes se ha invertido: en su balanza interna no vence el amor de sí mismo al amor á los demás; es el amor á los demás el que vence al amor de sí. Examinemos uno cualquiera de sus institutos en el momento en que se forma y veremos como la preponderancia pasa del instinto egoísta al instinto social.»

¡He aquí el gran secreto de esas *competencias*, cuya fuerza está en que los religiosos no necesitan trabajar tanto más que por amor al prójimo en servicio de Dios; y del producto de su trabajo al prójimo quieren hacer partícipe, reservándose una parte mínima, siendo ellos verdaderamente pobres aun en medio de la abundancia.

«En las Comunidades religiosas, dice Keller, el gasto personal de cada individuo no pasa de 300 francos por año; para los trapenses esta cifra es el maximum. Si se estima en 1.000 francos por cabeza (lo que está por bajo de la cifra real) el valor del trabajo útil efectuado por los 160.000 religiosos y religiosas de los institutos activos, el total es de 160 millones de francos al año. Si se valúa en 500 francos por cabeza el gasto de cada religioso ó religiosa, el total es de 80 millones por año. Beneficio neto para el público: otros 80 millones.»

Pues he ahí una gran contribución industrial que en cada nación pagan los religiosos, sin tener que inscribirse en las *matrículas* ni recibir el talón del tributo. Con 80 millones, según el cálculo de Keller, las Comunidades religiosas ayudan al Estado, á la sociedad, á su prójimo, socorriendo al necesitado, cuidando al enfermo, enseñando al ignorante, corrigiendo al que necesita corrección amorosamente.

Es verdad que para trabajar no tienen que pagar dependencia, pues ellos mismos son los trabajadores; es cierto que no tienen necesidades de familia, pero atienden y mantienen con 80 millones de francos, esto es, 320 millones de reales al año (casi á millón por día) á la gran familia de desgraciados que nada tienen sino lo reciben de la caridad de los religiosos, que para ayudarlos trabajan en el convento.

¿No sería, pues, aparte de injusto, verdaderamente torpe y dañoso, privar á la sociedad de esa riqueza que se invierte en atender las necesidades de tantísimos necesitados?

¿Se puede creer que para la sociedad y para el Estado es perjudicial la competencia de los religiosos? Pues si se les prohíbe en nombre de la libertad trabajar y no les procura el Gobierno medios de vida, ¿cómo y con qué se sostendrán á sí propios, y sostendrán los centenares de pobres, niños, viejos, escuelas y asilos nacionales religiosos? ¿Pagando contribución y obligándoles á cruzarse de brazos? **BONIFACIO.**

JUICIO DE UN CONVERTIDO

Antonio Franchi, en otro tiempo filósofo kantiano y entusiasta y valiente revolucionario italiano, pero modelo de profesores por su afición á la enseñanza y amor á sus discípulos, convertido actualmente al catolicismo, despues de un maduro estudio de los efectos y causas del liberalismo, ha dejado escrito el siguiente juicio monumental de nuestras modernas libertades en su obra titulada *Lecciones de pedagogía*.

«La libertad de pensamiento—dice—se ha convertido en una depravación de la mente y del corazón.

»La libertad de conciencia es una satánica teofobia (odio á Dios).

»La libertad de cultos es un odio frenético al catolicismo, al cristianismo y á todo principio religioso.

»La libertad de imprenta es una pestilencial infección del sentido moral y del sentido común.

»La libertad política es una pública conjuración para profanar el nacimiento y el matrimonio, disolver la familia, envilecer la justicia, corromper las costumbres, hacer del Estado un Dios y del hombre un bruto.

»La libertad de enseñanza es una patente omnimoda, concedida á todo maestro ó doctor para envenenar las almas de los jóvenes y convertir la escuela en un noviciado de la escuela de Epicuro.

»Ni se diga—añade—que no ha sido ni es esta la intención de los defensores de semejantes libertades, por que la intención, buena ó mala, no pone ni quita bondad doctrinal á los sistemas.»

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Un caballero nos ha entregado 5 pesetas para las atenciones de EL AMIGO DEL POBRE. Dios premie su caridad.

Al semanario llanisco *El Oriente de Asturias* mucho agradecemos, y Dios se lo pague, la especial recomendación y frases laudatorias que de nuestro papellito hace en su número del 10 de Febrero último, copiando á renglón seguido nuestras condiciones de suscripción para que «tomen de ellas nota las muchas personas que, en aquella villa, no solo gozan haciendo el bien sino y muy principalmente propagándole.»

CARIDAD EPISCOPAL.—El Ilmo. señor Obispo de Orense se ha dignado remitir al presidente de la Diputación un libramiento de 2.500 pesetas para atenciones de la Beneficencia provincial.

A todas partes donde hay necesidades acude la inagotable caridad del doctor Ilundain.

—El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vitoria, D. José Cadena y Eleta, ha entregado á la Junta de Fábrica de San Ignacio de dicha ciudad, la cantidad de 30.000 pesetas para el pago del crédito de D. Fermín Urrunzuño y Compañía, que existía pendiente de realización por las obras de la parroquia, por cuyo motivo la citada Junta satisfacía anualmente á dicho contratista un interés de 6 por 100, siendo un gravamen muy oneroso para la Junta por falta de recursos, y gracias á la bondad y generosidad del Prelado se ha satisfecho dicha deuda.

—Antes de salir de Tarazona el Ilmo. señor Obispo electo de Madrid-Alcalá, ha distribuido la suma de 9.000 pesetas entre algunas iglesias pobres, Asociaciones de caridad, Asilos, Hospitales y Centros de enseñanza.

—Por iniciativa del Excmo. Sr. Obispo de Badajoz, se ha abierto una suscripción que el dignísimo y caritativo Prelado encabeza con 1.000 pesetas y el producto de la venta de un pectoral de oro de cuatro onzas de peso, para la construcción de un asilo donde sean recogidos durante el día los niños de madres pobres trabajadoras y singularmente lavanderas.

El Rdo. Prelado exhorta á los habitantes de dicha población á que contribuyan con sus limosnas para la creación del asilo, y termina diciendo: «Nos daremos cada mes lo que podamos, y pedimos humildemente hagan lo mismo, por amor de Dios, las autoridades, Corporaciones y particulares de esta capital, ofreciendo nuestra gratitud y la bendición de Dios en el tiempo y en la eternidad.»

SOLO FRANCIA DESERTA.—Ahora que Francia deserta la plaza que ocupaba en Roma, otras naciones se preparan á sucederla.

Por haber hablado como Papa á Polonia, Pío X se ha atraído á la Rusia imperial, que pronto tendrá un representante cerca de la Santa Sede, así como el Soberano Pontífice tendrá un Nuncio en San Petersburgo. La República Norte-Americana tampoco se sustrae á la influencia moral del sucesor de San Pedro, y no tardará mucho tiempo en haber cambio de representantes entre el Vaticano y Casa Blanca. El Japón victorioso y dueño hoy del Asia, y la China que aspira á engrandecerse, están en negociaciones con la Santa Sede. Y esta corriente de aproximación de todas las naciones hacia la Roma papal, hará más evidente el aislamiento de Francia.

Pedro y las huelgas

Está plenamente probado que las huelgas, ese mal endémico de la industria, son un medio excelente para el fin que se proponen los enemigos del bien social.

Pedro era lo que se llama un buen hombre y un buen obrero. De costumbres morigeradas, libre su corazón de esa envidia y soberbia que todo lo amarga, que todo lo seca, que todo lo estiraliza, de esas locas aspiraciones con que empeoran su suerte muchos desheredados de la fortuna; Pedro, teniendo siempre muy presente aquel precepto que impuso Dios al hombre en castigo á su pecado «trabajarás y ganarás el pan

con el sudor de tu frente,» era feliz y con él su esposa y sus dos hijos.

Ganaba un regular jornal y, como no tenía vicios, ahorra.

¿Duró mucho esta enviable situación de Pedro?

Duró hasta que el dueño de la fábrica donde él trabajaba admitió de buenas á primeras y sin pararse á examinar antecedentes á uno de tantos como, para desdicha de la clase obrera, andan por fábricas y talleres, con sus pujos de elocuencia y sabiduría adquirida en cuatro malos libros, llenando la cabeza de los demás compañeros de trabajo con ideas de derechos usurpados (*callen los deberes*); de tiranías burguesas (*calle la tiranía de la alpargata, la peor de las tiranías*); de menos horas de trabajo y más jornal... Poco á poco los obreros fueron acostumbrándose á esta *música progresista*. Pedro cayó en la red. Todo aquello de mejorar de condición, de disfrutar de más libertad, de trabajar menos y ganar más, le gustaba, así que empezó á descuidar sus obligaciones, á abandonar la familia para irse al Centro obrero á charlar, á discutir. El dueño de la fábrica, perjudicado en sus intereses, llamó á buen camino á los descarriados, les arengó un poco fuerte y el resultado fué la HUELGA GENERAL.

Pedro, aun cuando él dijese lo contrario, ya no era feliz, porque la felicidad es incompatible con las ambiciones y odios de clase.

Pedro era un huelguista que se pasaba las horas del día en el chigre, gastando sus ahorros, y parte de las de la noche en el Centro obrero, donde, en virtud de la *santa libertad*, había tenido que alistarse forzosamente.

De vez en cuando y para pasar mejor el tiempo, en tanto el patrón *cedía*, tenían sus mitins en los que oradores, ayunos de todo recto sentir, pero sobrados de palabras, concluían de *ilustrar* en el ejercicio de sus derechos á todos aquellos infelices que se tragaban de buena fé cuanto oían.

Ocurre con harta frecuencia que, si se hace malo el bueno, va más allá en el camino de perversión que sus mismos maestros, y es porque aquél cree justo y necesario cuanto hace, en tanto que éstos, más avisados, son vividores de profesión que toman el camino del mal, del engaño, como un medio de lucro, de venganzas personales, de mejor pasar. Por eso los vemos siempre á salvo mientras que el que los cree se pierde.

Así ocurrió á Pedro. En uno de los choques habidos con la guardia civil hirió gravemente á uno de estos. Fué preso. Se le formó sumaria y al poco tiempo era conducido al presidio.

La huelga llegó á solucionarse. Los agitadores á trabajar para otra, y la familia del desgraciado Pedro ¡pide limosna!

Está plenamente probado que las huelgas, ese mal endémico de la industria, son un medio excelente para el fin que se proponen los enemigos del bien social.—J. O. F.

“EL AMIGO DEL POBRE”

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta.	7 pts. al mes.
100 núms. (50 por quincena)	4 » al »
50 » (25 » » »)	2 » al »
24 » (12 » » »)	1 » al »
10 » (5 » » »)	0'50 al »

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón